

de obrar, la antigua depresión, la pesada fatiga concluyeron por ser vencidas; la vida logró ser interesante; el «pecador» estaba siempre despierto, ardiente, agotado, pero no fatigado. Había conseguido la victoria el sacerdote ascético, había venido su reino: ya no se quejaba nadie del dolor, sino que tenían sed de dolor. «¡Sufrir! ¡Siempre sufrir! ¡Sufrir más!» Tal fué el grito de sus discípulos durante siglos.

Toda exaltación dolorosa del sentimiento, todo lo que quebranta, derriba, aplasta y arranca en éxtasis; el secreto de la tortura, las penas del infierno, todo esto estaba descubierto, adivinado, utilizado por el sacerdote para el triunfo de su ideal... «Mi reino no es de este mundo»—repetía;—pero, ¿tenía derecho de hablar así?... Dice Goethe que existen treinta y seis situaciones dramáticas: bien se conoce que Goethe no era un sacerdote ascético. Este conocía muchas más...

21. Acerca de esta medicina sacerdotal huelgan comentarios. ¿Quién osaría pretender que tamaña exaltación del sentimiento, aun revestido de los nombres más santos, haya sido jamás útil á un enfermo? Ante todo sería preciso convenir en el sentido de la palabra «útil». ¿Quiere decirse que tal terapéutica hizo *mejor* al hombre? No diré yo lo contrario: pero añadiré que, para mí, «mejorar» significa «domesticar», «debilitar», «desalentar», «refinar», «ablandar», «afeminar», «degradar»... De manera, que la «mejoría» se convierte en aumento de la *enfermedad*. Consúltese á un médico alienista acerca de los resultados de una aplicación metódica de las torturas penitenciarias, de la contrición y de los éxtasis místicos. Consúltese también la historia: dondequiera que se aplicó este tratamiento, la enfermedad se desarrolló con in-

tensidad y presteza. ¿Cuál fué siempre su resultado? El trastorno del sistema nervioso en los individuos y en las masas; epidemias de epilepsia violentísimas, como la danza de San Guy y de San Juan en la Edad Media; manifestaciones secundarias, como parálisis y depresiones nerviosas que cambian por completo la índole de un pueblo ó de una ciudad (Génova, Bâle); brujerías históricas y somnâmbulas (ocho grandes epidemias entre los años 1564 y 1605); el delirio colectivo de los devotos de la muerte, cuyo grito resonó en toda Europa. Por lo demás, en todos los países en que fué acogida favorablemente la doctrina ascética, veránse las mismas alternativas de pasiones con las mismas intermitencias. (La neurosis religiosa aparece con todos los síntomas de la «neurastenia». ¿Será esto mismo? *Quaeritur.*)

En resumen, el ideal ascético y su culto de la moral sublime, esta sistematización ingeniosa y osada de todo lo que tiende á la exaltación del sentimiento, ejercida bajo la máscara de un fin sagrado, está escrita con caracteres terribles é indelebles en toda la historia de la humanidad. ¡Y no sólo en su historia!... No conozco ningún ideal que más haya minado la salud y el vigor de las razas, sobre todo de las razas europeas; sin exageración puede llamarse el azote por excelencia en la historia sanitaria del hombre europeo. A lo más, podría compararse con una influencia germánica: me refiero al envenenamiento de Europa por el alcohol, que siempre ha corrido parejas con la preponderancia política y étnica de los germanos (donde inocularon su sangre, inocularon su vicio). Y en el tercer lugar de esta serie habría que poner la sífilis, *magno sed proxima intervallo*.

22. El sacerdote ascético ha corrompido la salud del alma dondequiera que ejerció su dominio: por consiguiente, ha corrompido también el gusto, *in artibus et litteris*, y le corrompe todavía. Creo que no hay necesidad de probar esta consecuencia. Sólo diré una palabra acerca del libro capital de la literatura cristiana, su modelo, su «libro por excelencia».

En medio del esplendor greco-romano, que era esplendor literario; en medio del mundo de las antiguas letras, sin lunares ni lagunas; cuando se podían leer algunos libros que equivaldrían hoy á literaturas enteras, la candidez vanidosa de algunos agitadores cristianos, llamados hoy Padres de la Iglesia, osó decretar: «También nosotros tenemos literatura clásica, no necesitamos de la griega.» Y mostraban orgulloosamente libros de leyendas, epístolas apostólicas, trataditos apologéticos, de la misma manera que ahora el «ejército de salvación» combate contra Shakespeare y otros «paganos». A mí no me gusta el Nuevo Testamento; casi me espanta verme solo en este juicio (que tiene contra sí á dos mil años), ¡pero qué le hemos de hacer! «Heme aquí, no puedo hacer de otro modo» (1), siquiera tengo el valor de mi mala conciencia. El Antiguo Testamento, ya es otra cosa; allí encuentro grandes hombres, cosas heroicas, y, sobre todo, la inestimable candidez de un *corazón fuerte*; más todavía, allí hallo un pueblo. En el Nuevo, por el contrario, reina el turbio depósito de muchas sectas; la cursilería del alma; lo contorneado, anguloso y bizarro; la atmósfera de conventículos y cierto aire de dulzura bucólica que revela su época romana. Allí se dan la mano la humildad y la presunción; ensordece su

(1) Palabras de Lutero en la Dieta de Worms.—(N. del T.)

locuacidad de sentimientos; hay más patético que pasión, una mímica deplorable; es evidente que faltaba educación sólida. ¿Para qué explayaban tanto sus propias imperfecciones esta buena gente? Nadie se ocupa de ello, y Dios menos que nadie. Y pretenden alcanzar «la corona de la vida eterna» estos provincianos. ¿Por qué, pues? ¿Con qué objeto? ¡Un Pedro inmortal! ¿Quién lo soportaría? Tienen un orgullo que hace reír, y no cesan de machacar en sus asuntos personales, en sus necedades, sus tristezas, en sus cuidados mezquinos, como si la Esencia de las cosas estuviese obligada á preocuparse de ellos. ¡Y este perpetuo tuteo en sus relaciones con Dios! ¡Esta familiaridad judaica y mística con Dios! Hay en el Asia Oriental «pueblos paganos» que no se permiten pronunciar el nombre de su Dios.

Esto me parece de una delicadeza encantadora; pero era demasiado delicado para los primeros cristianos, y también para los modernos. Lutero, el aldeano más elocuente é inmodesto que haya conocido la Alemania, era en extremo rústico y grosero en sus relaciones con Dios. La guerra que emprendió Lutero contra los Santos, mediadores de la Iglesia (y particularmente contra el Papa *puerco del diablo*), no era, en suma, sino la rebelión de un rústico á quien desagradaban las *buenas formas* de la Iglesia, las etiquetas ceremoniosas de gusto hierático que no permitían la entrada en el santuario sino á los más consagrados y silenciosos, dejando fuera de las puertas á los rústicos. Lutero lo entendía de otro modo: él era muy *alemán*, quería hablar directamente y en persona con su Dios... y lo consiguió. El ideal ascético nunca fué, pues, una escuela de buen gusto ni de buenas formas, á lo sumo de formas hieráticas; y es porque encierra en sí algo

que es incompatible con los buenos modales, la falta de medida, el odio á la moderación; es un *non plus ultra*.

23. El ideal ascético no sólo ha corrompido el gusto y la salud, sino también innumerables cosas. No voy aquí á ilustrar la *acción* de este ideal, sino sólo su significación, aquello que en él se oculta y cuya expresión es. Aunque para esto debía presentar á mis lectores un resumen de su acción monstruosa y nefasta, á fin de prepararlos al último y más formidable aspecto de esta cuestión. ¿Qué significa el poder monstruoso de este ideal? ¿Por qué ha ganado tanto terreno? ¿Por qué no se le ha opuesto más resistencia? El ideal ascético expresa una voluntad. ¿Dónde está la voluntad que exprese un ideal adverso? El ideal ascético tiene un fin tan amplio, que comprende en sí todos los fines de la existencia humana; para conseguir este fin, empléanse tiempos, pueblos y hombres; es fin exclusivo; no admite otra interpretación que la suya (¿y hubo jamás otra tan ingeniosa?); no se sujeta ningún poder; cree, por el contrario, en su hegemonía; cree que todo poder terreno le debe á él su derecho á la existencia, considéralo como instrumento... ¿Dónde está la *antítesis* de este sistema definido de voluntad, de objeto y de interpretación? ¿Por qué falta esta antítesis? ¿Dónde está el otro fin?... Se me dirá que, en efecto, *existe*, y que no sólo ha luchado por largo tiempo contra este ideal, sino que le ha vencido en casi todos los casos de importancia: testigo, nuestra ciencia moderna, que no tiene fe sino en sí misma, y que ha tenido el valor de pasarse sin Dios y sin virtudes negativas. Sin embargo, todo este ruido de agitadores no me choca; estas trompetas de la realidad no

hacen música; su voz no sale clara del abismo, porque hoy la ciencia es un abismo, es una vergüenza de los que la cultivan.

Poned al revés lo que ellos dicen, y tendréis la verdad; la ciencia hoy no tiene fe en sí misma, no aspira á un ideal; y donde todavía queda algo de pasión, de amor, de fervor, de dolor, aquello no es antítesis del ideal ascético, sino su forma novísima y más noble. ¿Os parece esto extraño? Es verdad que hay hoy entre los sabios algunos valientes y modestos trabajadores, muy contentos en su rincón. No lo niego; por nada del mundo querría turbar la felicidad de estos obreros; me regocija su tarea. Pero no se trata aquí de algunos individuos, sino del conjunto de la ciencia; hoy la ciencia no tiene finalidad, no tiene voluntad ni ideal, ni pasión de fe ardiente. Cuando no es una manifestación del ideal ascético (caso muy raro), es el refugio del descontento, de la incredulidad, de los remordimientos, de la *despectio sui*, de la mala conciencia; es precisamente el dolor que causa la falta de ideal, la ausencia de amor, la carencia de libertad. ¡Oh, cuántas cosas disimula hoy la ciencia! El cerebro de nuestros sabios más eminentes, su cerebro que hierve día y noche, su habilidad de manos, ¡cuántas veces no tiene otro objeto que cerrar los ojos á la evidencia de ciertas cosas! La ciencia como medio de aturdirse, ¿*conocéis esto?* A veces una palabra que les hiere, que los despierta, nos hace perder la amistad de estos sabios: es porque les hemos recordado lo que sufren, los hemos traído á la *conciencia* de lo que son en realidad.

24. Examinemos ahora estos casos excepcionales á que antes me refería, estos últimos idealistas. ¿Se

hallarán quizá entre ellos los adversarios del ideal ascético, los anti-idealistas de este ideal? Ellos, en efecto, creen ser (aunque son todos «incrédulos») los adversarios de este ideal; esta es su última fe, su pasión más profunda; pero es *verdad*?... Nosotros que buscamos el conocimiento, que desconfiamos de toda creencia, sacamos conclusiones inversas; donde vemos una creencia, la tenemos por inverosímil; y también aquí. No negamos que la fe «salva»; mas por esto mismo negamos que la fe pruebe; la fe hará nacer sospechas, será verosímil, pero no verdad. ¿Qué, pues, sucede en este casos? Estos negadores, estos solitarios, espíritus intransigentes que pretenden la pureza intelectual, espíritus duros, severos, abstinentes, heroicos, honor de nuestro tiempo, estos pálidos ateos, anticristos, inmoralistas, nihilistas, escépticos, incrédulos, estos *raquiticos de espíritu* que hoy encarnan la conciencia intelectual, estos pensadores libres, demasiado libres, se creen apartados del ideal ascético; y, sin embargo, yo voy á enseñarles una cosa que ellos no pueden ver porque no están á la distancia necesaria. Y es que ellos son precisamente los representantes del ideal ascético en su forma más espiritualizada, son su vanguardia, su sofisma más seductor, más delicado y sutil: si en alguna cosa soy descifrador de enigmas, quiero serlo aquí! No; estos no son espíritus libres, porque están atados á la *verdad*...

Cuando los Cruzados se encontraron en Oriente con aquella invencible orden de los Aresinos, de aquellos grandes espíritus libres, cuyos afiliados vivían en la más estrecha obediencia, lograron, no sé cómo, algunas indicaciones acerca de su pasmoso símbolo, en el que se profesaba: «nada es verdadero, todo es permitido». Esta era verdadera libertad de espíritu, poner

en cuestión la verdad... ¿Penetró ningún espíritu libre europeo en el laberinto de sus consecuencias? ¿Conoce por experiencia el minotauro de esta caverna?... Lo dudo, ó, mejor dicho, sé que no: estos espíritus no son libres, están encadenados á la verdad. Lo sé de buena tinta: la laudable abstinencia filosófica que ordena tal fe, el estoicismo intelectual que prohíbe el «sí» y el «no», esta inmovilidad consciente delante de la realidad, delante del hecho bruto, este fatalismo de los detalles, actual orgullo de la ciencia francesa, esta renuncia á toda interpretación (es decir, á toda adulteración), todo esto, así en conjunto, es una expresión del ascetismo en cuanto niega la sensualidad. Y la fuerza que lleva á este ascetismo, esta voluntad absoluta de la verdad, es la fe en el ideal ascético, es la fe en el valor metafísico y eminente de la verdad, valor que el ideal ascético garantiza y consagra. En buena lógica no hay ciencia incondicional; tal ciencia es absurda, paralógica: la ciencia supone una filosofía, una «fe» que le dé dirección, finalidad, límite, método, derecho á la existencia. (El que quiera fundar la filosofía en una base científica, pone cabeza abajo la verdad y la filosofía, gran falta de respeto á personas tan venerables.) Aquí dejo la palabra á mi *Gaya ciencia* (lib. V, af. 344): «El hombre verídico, verídico hasta el extremo que supone su fe en la ciencia, afirma por eso mismo su fe en otro mundo distinto de la vida, de la naturaleza y de la historia; y á medida que afirma este otro mundo, ¿no deberá negar el presente?...

Nuestra fe en la ciencia se basa en una creencia metafísica, en una parte del gran incendio milenar, que es el resplandor de la fe cristiana y de la fe platónica: que Dios es la verdad y que la verdad es dios.

¿Y si yo dijera que precisamente lo divino es el error y la mentira y que Dios es la mentira? Aquí conviene hacer una pausa y meditar un rato. La ciencia necesita una justificación. Preguntad á las filosofías antiguas y modernas; ninguna se percata de que necesita justificación; en todas hay esta laguna. ¿De dónde esto? Es que el ideal ascético ha dominado en todas las filosofías, y la verdad fué puesta como esencia, como Dios, y no como problema. Desde el momento en que se niega el Dios del ideal ascético, hay que plantear este problema del valor de la verdad. La voluntad de la verdad necesita de una crítica; es preciso poner en duda el valor de la verdad... (Para mayor explicación, véase el párrafo de *Gaya ciencia*: «Hasta qué punto somos piadosos», af. 344; ó, mejor todavía: el libro V de dicha obra y el prólogo de *Aurora*.)

25. Que no me vengan con la ciencia cuando busco el antagonista natural del ideal ascético, cuando pregunto: «¿Dónde está la voluntad adversa que exprese el ideal adverso?» Para este oficio no es bastante autónoma la ciencia, pues también ella necesita de algo que justifique su fe en si misma. Sus relaciones con el ideal ascético no tienen el carácter de antagonismo; son más bien la evolución interna de este ideal.

Si le ataca, no le ataca en si mismo, sino en su forma, en su rigidez, en su dureza, en su aire dogmático; pero conserva su principio de vida. La ciencia y el ideal ascético viven en el mismo terreno, son ambos una exageración del valor de la verdad, una creencia de que la verdad está sobre la crítica; por eso son necesariamente aliados; por eso hay que combatirlos juntos; por eso se defienden juntos! (El arte, dicho sea de paso, al santificar la mentira y la voluntad de lo

falso, es más opuesto al ideal ascético que la ciencia: ya lo adivinó Platón, y por eso fué el mayor enemigo del arte. Platón contra Homero; hé aquí antagonismo completo, real.—el gran calumniador de la vida contra la *naturaleza de oro*. Por eso el vasallaje de un artista al ideal ascético es el colmo de la corrupción artística—por desgracia, muy frecuente). Aun en el terreno fisiológico, la ciencia se apoya en las mismas bases que el ideal ascético: ambos son un *empobrecimiento de la energía vital*:—la misma tibieza de las pasiones, la misma lentitud en la marcha, la dialéctica en lugar del instinto, la gravedad impresa en el semblante y en los gestos (señal infalible de cumplimiento penoso de las funciones vitales). Ved en la evolución de un pueblo las épocas en que predomina el sabio; son las épocas de fatiga, de crepúsculo, de decadencia—ya no hay energía, ni certidumbre de vida ó de porvenir. La supremacía de los caciques, el advenimiento de la democracia, los tribunales de arbitraje, la emancipación de la mujer, la religión del dolor y de la compasión—síntomas son de una vida que declina (Véase el prólogo del *Origen de la tragedia*).

Esta «ciencia moderna» es el mejor auxiliar del ideal ascético, es el más inconsciente, el más involuntario, el más subterráneo. Los «pobres de espíritu», y los «raquíticos de espíritu», han hecho siempre el mismo papel. Estas famosas victorias de los hombres de ciencia, ¿qué lograron? El ideal ascético no fué vencido, sino espiritualizado, pulido, hermojado, á cada nueva conquista de la ciencia. La ruina de la astronomía teológica, por ejemplo, fué una derrota del ideal ascético. ¿Destruyó la voluntad de resolver el enigma de la vida? ¿No apareció la vida como más fortuita y más necesitada de finalidad última? ¿No progresó des-

de Copérnico acá la tendencia de humillarse? ¿No quedó convertido en un animal despreciable el que antes era casi un Dios («Hijo de Dios» «Dios hecho hombre»)?... Desde Copérnico el hombre rueda por la pendiente, ¿hacia dónde? ¿hacia la nada?... Pero esto es el verdadero camino hacia el ideal antiguo... Todas las ciencias (y no sólo la astronomía, aniquiladora del hombre, según Kant) todas las ciencias naturales ó *antinaturales*—así llamo á la crítica de la razón por sí misma—trabajan hoy por destruir el antiguo respeto de sí mismo y por honrar su ideal austero y rudo de atasia estoica, por dar culto al despreciable «desprecio de sí mismo». ¿Pero es esto trabajar contra el ideal ascético? ¿Se cree en serio (como creían los teólogos) que la *victoria* de Kant hace daño á este ideal?

Dejemos á un lado la cuestión de saber si Kant tuvo jamás deseo de hacer daño. Lo que es cierto, que todos los filósofos trascendentales, después de Kant, se emanciparon de la tutela teológica. Kant les enseñó un rodeo para que pudieran satisfacer con aire científico «los deseos de su corazón». ¿Por qué reprochar á los agnósticos, si llenos de veneración hacia el desconocido, hacia el misterio, le adoran como dios? (Javier Doudán habla de los estragos que produjo el «hábito de admirar al inteligible en lugar de quedarse con el desconocido», y cree que los antiguos no conocieron este abuso.)

Si suponemos que los conocimientos del hombre, lejos de satisfacer sus deseos, los contraría, ¿no es una escapatoria verdaderamente divina el echar la culpa, no á los deseos, sino al conocimiento mismo? «No hay conocimiento, luego hay Dios»; ¡qué nueva elegancia silogística!, ¡qué triunfo del ideal ascético!

26. La historia moderna ¿tomará algún día mejor actitud ante la vida y el ideal? Su pretensión suprema es la de ser un espejo; rechaza toda teleología; no quiere ya probar nada; no quiere ser juez; en esto cree mostrar su buen gusto; ni afirma ni niega; hace constar, «describe»... Pero todo esto es ascetismo en alto grado, es nihilismo. Obsérvase en el observador una mirada triste, dura, resuelta; *mira á lo lejos*, muy á lo lejos. No ve más que nieve; no hay vida; las cornejas dicen: «¿Y á qué?» «¡En vano!» «¡Nada!» Nada crece aquí; sólo la metafísica rusa de Tolstoy. Y, en cuanto á esta otra variedad de historiadores, más «moderna» todavía, sensual y voluptuosa, que hace guiños á la vida y al ideal ascético, que se sirve de la palabra «artista» como de un guante blanco y que monopoliza hoy el panegírico de la vida contemplativa, ¡oh! este azúcar intelectual, cuánta sed nos da de los antiguos ascetas. ¡Al diablo con todos estos contemplativos! Prefiero los historiadores nihilistas, brumosos y fríos. Y aun prefiero un espíritu antihistórico (como Dürhing, que hoy en Alemania lleva la palabra entre el proletariado intelectual, entre la *species anarquística*).

Estos contemplativos son cien veces peores. ¡Qué asco me dan estos «pupitres objetivos», estos pisaverdes históricos, medio sacerdotes y medio sátiros, á lo Renán, que con la vocecita aguda de sus homilias demuestran lo que les falta, demuestran dónde las tijeras de las Parcas ejercieron su cruel oficio! ¡Estos eunucos me exasperan! ¡Estos comediantes me irritan más que la comedia misma, más que la historia! Fantasías anacreónticas me suben al cerebro: La madre naturaleza, que al toro le dió los cuernos y al león el *χαρμὶ δόδοντων*, ¿para que me dió á mí la punta de

los pies? ¡Por San Anacreonte! Para desterrar y exportar de Europa á estos comediantes del ideal cristiano y moral... Evidentemente podríamos hacer con ellos un nuevo *comercio*; ¿quién querrá tomar este negocio? ¡En nuestra mano está todo lo que es preciso para idealizar la tierra!... Basta una mano poco escrupulosa, ¡oh!, poco escrupulosa...

27. ¡Pero basta ya! Dejemos estas curiosidades y complejidades del espíritu moderno, donde tanto hallamos que reír y que llorar! Nuestro problema de la finalidad, del ideal ascético, puede pasarse sin ellas! Trataré de ellas con más extensión en otro estudio (con el título de «Historia del nihilismo europeo» y puede consultarse una obra que estoy preparando: «LA VOLUNTAD DEL PODER. *Ensayo de una transmutación de todos los valores*». Por ahora, basta indicar que el ideal ascético, aun en las más altas esferas de la inteligencia, no tiene más que una especie de verdaderos enemigos, que son: los comediantes de este ideal. Aun el ideal en apariencia más enemigo, la obra más seria de energía y probidad, vulgarmente «ateísmo», no es en manera alguna contrario al ideal ascético. El ateísmo es también una voluntad, un resto de ideal ascético, su forma más severa, más espiritualizada, más esotérica, más pura.

El ateísmo absoluto, leal (única atmósfera que respiramos á gusto), es la última fase de la evolución ascética, una de sus formas finales, una de sus consecuencias íntimas; es la imponente *catástrofe* de una disciplina veinte veces secular del instinto de la verdad, que al fin y al cabo se prohíbe á sí mismo *la mentira de la fe en Dios*. (En la India se verificó la misma evolución, lo cual demuestra mi tesis; allí el mismo

ideal llegó á la misma conclusión, cinco siglos antes de la era cristiana, con la filosofía *sankhya*, popularizada más tarde y erigida en religión por Budha.) ¿Quién es el que ha *ganado la victoria sobre el Dios cristiano*? La respuesta se halla en mi obra *Gaya ciencia*, af. 357: «La moral cristiana; la noción de sinceridad, aplicada con rigor creciente; la conciencia cristiana, aguzada en los confesonarios y transformada en conciencia científica, en pureza intelectual; el considerar la Naturaleza como si fuese una prueba de la bondad y providencia divinas; el interpretar la historia en honor de una razón divina y como prueba constante de un finalismo moral; el interpretar nuestro destino de la manera que lo hicieron los hombres piadosos, viendo en todo la mano de Dios y el bien de nuestra alma; he aquí modos de pensar pasados, contra los cuales se alza la voz de nuestra conciencia como inconvenientes, deshonestos, mentirosos, afeminados, cobardes; y esta severidad de conciencia es la que nos hace herederos de la más valiosa victoria que Europa ha conseguido sobre sí misma...»

Todas las grandes cosas perecen por sí mismas, por «autosupresión»: así lo quiere la ley de la vida, la ley de una fatal victoria sobre sí mismo, la ley que dice al legislador: *patere legem quam tulisti*. Así el cristianismo en cuanto *dogma* ha sido arruinado por su moral; y nosotros vislumbramos que el cristianismo en cuanto *moral* deberá también arruinarse. El instinto cristiano de la verdad, de deducción en deducción, llegará, finalmente, á su deducción más temible y planteará este problema: *¿Qué significa la voluntad de la verdad?*... Y héme aquí otra vez en mi problema, en nuestro problema, ¡oh, amigos desconocidos! (porque no conozco aún á ningún amigo): ¿qué sería

para nosotros la vida entera, si esta voluntad de la verdad no tomara en nosotros conciencia de sí misma, en cuanto problema? La voluntad de la verdad, una vez que sea consciente de sí misma, será la *muerte* de la moral: es el espectáculo grandioso en cien actos reservado á los dos próximos siglos de la historia europea; espectáculo terrible entre los terribles, pero quizá fecundo de magníficas esperanzas.

28. Si abstraemos del ideal ascético, vemos que el hombre, el animal hombre, no tuvo hasta ahora finalidad alguna. Su existencia sobre la tierra carece de objeto. «¿Por qué existe el hombre?» He aquí una pregunta sin respuesta; el hombre y la tierra no tenían libertad; en cada paso del destino humano resonaba este grito: «¡En vano!» He aquí la finalidad de todo ideal ascético; quería decir que al rededor del hombre había una inmensa *laguna*; no sabía justificarse á sí mismo, interpretarse, afirmarse; sufría también él ante el problema de la vida. Y sufría de muchas maneras; era ante todo un animal *enfermo*; pero su problema no era el dolor, sino la razón del dolor. «El hombre, el animal más valeroso y más enfermizo, no rechaza el dolor; antes le busca, con tal de que se le diga el por qué.

Esta falta de finalidad en el dolor, es la maldición que pesó siempre sobre la humanidad; ahora bien, el ideal ascético la presentaba una finalidad. Era la única; algo es mejor que nada; el ideal ascético era el «mal menor» por excelencia. El explicaba el dolor; llenaba un inmenso vacío; cerraba la puerta al nihilismo. La interpretación que daba del dolor, traía un dolor nuevo, más profundo, más íntimo, más ponzoñoso; dijo que era el castigo de una falta... Mas á

pesar de todo, el hombre obtenía una finalidad, no era ya la hoja llevada por el viento, el juguete del azar ciego; podía querer en adelante algo, no importa qué: *la voluntad estaba salvada*. No puede negarse la naturaleza de esta dirección asceta: este odio á todo lo humano, á todo lo animal, á todo lo material, á los sentidos, á la razón, á la felicidad, á la salud, á la belleza, á la forma, al cambio, al movimiento, al esfuerzo, al deseo; todo esto significa una *voluntad de aniquilación*, una hostilidad á la vida, una negación de las condiciones fundamentales de la existencia; ¡pero si quiera es *una voluntad!*... Y para repetir lo que al principio dije: El hombre prefiere *la voluntad de la nada*, á *la nada de voluntad*.

FIN